

## **Eduardo Haro Tecglen**

### *En un país extraño*

**Carlos Manuel López Ramos:** Eduardo Haro Tecglen nació en Pozuelo de Alarcón en 1924; es escritor, novelista, crítico teatral... En la década de los cincuenta fue corresponsal en París, enviado especial en diversos lugares del mundo; ha desempeñado cargos de dirección en varios medios de comunicación; es articulista, editorialista y columnista de *El País*.

En 1991 recibió el Premio Internacional de Periodismo Derechos Humanos, tiene también el Premio Javier Bueno, el Cerecedo y el del Club Internacional de Prensa de Madrid.

Es autor, entre otras obras, de *Una frustración: los derechos del hombre*, *Diccionario político*, *Sociedad y terror* (libro por el que recibió el Premio Mundo de Ensayo), *Diccionario del demócrata*, *Las revoluciones imaginarias*, *Qué estafa*, *El niño republicano*, *El refugio*, *Arde Madrid* y, en este año, una biografía de Lope de Vega.

Tiene el honor de ser uno de los principales sospechosos de haber vivido del oro de Moscú, que no es poco. Casi todos lo conocemos por sus magníficas columnas de *El País*. Muchos comentaristas y analistas hablan de su prosa, como columnista y escritor, y se menciona siempre su libertad. Eduardo Haro Tecglen es una figura vinculada a un sentido muy especial y muy radical de la libertad. Yo diría que no solamente de la libertad como virtud cívica, como ejercicio, como compromiso existencial, sino también la libertad de escritura en sí: me refiero a su forma de escribir, de enlazar las ideas, de dar auténticos saltos en el vacío pero transmitiendo con hondura y con extraordinaria precisión su mensaje.

Ha escrito fundamentalmente literatura testimonial, obras vinculadas al género de las memorias: *El niño republicano* o *Hijo del siglo*. A mí se me ha ocurrido escoger un texto de este último, muy en relación con la circunstancia vital e histórica en la que estamos inmersos desde el 11 de septiembre. Dice Eduardo Haro en la parte final de *Hijo del siglo*: “El futuro, ¡qué error!”, y desarrollando algunas ideas continúa:

“Horadar el futuro y su sentido es prácticamente imposible. ¿Cómo encontrar un sentido a la Historia y creer que, a partir de la primera célula, todo se ha desarrollado dentro de un orden para producir lo que somos ahora y vivir como vivimos ahora? En

todo caso, es un juego, una novela o unas memorias. En épocas de gran agitación histórica, de falta de modelos (crisis, por tanto, de la Historia), de hundimiento de creencias, algunas antiquísimas, otras recientes, esta inspección de lo que no existe puede tener por lo menos algo de consuelo”.

Con ustedes, Eduardo Haro Tecglen.

**Eduardo Haro Tecglen:** Esto que has citado sobre el futuro es una de mis preocupaciones actuales en cuanto al tema de la memoria, del recuerdo, de lo que se olvida, de lo que se quiere...

Yo he vivido tres épocas en la vida: la etapa de la República, la etapa de Franco y la tercera, desde la muerte de Franco a nuestros días. En las dos primeras, esto es, durante la República y luego con el advenimiento del miserable aquél, hasta su muerte (y podría decir cosas un poco más enérgicas, y las diré) teníamos un sentido del futuro. Vivíamos pensando que las cosas iban a ser de otra manera. Para mí, en esta tercera etapa, en esta tercera burguesía de la Historia de España, la idea de futuro se ha perdido. Se han perdido los dos grandes dogmas que dominaron el uno el siglo XX, el otro los siglos anteriores. Se ha perdido el dogma comunista del paraíso en la tierra de la organización obrera (el dogma anarquista se quedó más apartado todavía, fue combatido en su momento), y se ha perdido el dogma católico. Estamos en una época post-ecclesial (y yo creo que incluso post-cristiana, pero eso es más dudoso y más filosófico), lo estamos viendo en los periódicos: estafas, dinero negro, profesores expulsados porque se acuestan con quien les da la gana... Estamos viendo cómo esta historia de la Iglesia se les ha venido abajo; a ellos, claro, a mí no se me ha venido abajo porque no la he tenido nunca...

La de la sensación de futuro sí que es una pérdida considerable. Se viene a hablar de memorias y no de profecías, así que no habría que hablar de futuro sino de pasado, pero el pasado es el futuro de antes, etc.

Creo que eran muy necesarias aquellas utopías. Algunas de las más enrevesadas se han cumplido o se están cumpliendo: cuando yo era pequeño, para mí era una utopía que se suprimiera el servicio militar, y se ha suprimido; era una utopía el amor libre, y hay un porcentaje de amor libre en nuestra sociedad bastante aceptable; hay aborto, divorcios, hay una calidad de vida que no había... Pero no os asustéis, no vengo a hablar bien de este tiempo, eso no está de moda; sin embargo, en relación al tiempo pasado, es

infinitamente mejor. Se vive y se come mejor. Pero se ha perdido el futuro. Y al mismo tiempo, el futuro se ha perdido una parte nuestra, una proyección de esa persona que no es solamente la que habla, come (cuando puede), trabaja, escribe, discute, ama (o amaba), sino alguien que además quiere ser la persona que puede llegar a ser. La edad, decíamos, ayuda a no tener demasiado en cuenta el futuro que se haya podido escapar, pero me da la sensación de que ese fin de las ideologías del que estamos tan contentos ha sido un desastre, en el sentido de que ya no hay paraísos sobre la tierra. Aspiramos – aspiráis, yo ya no puedo aspirar a nada- al amor libre, pero se han abandonado otra serie de cosas. Y además, se ha perdido la idea religiosa, o se va desgastando cada día. Afortunadamente.

Hay una frase de Freud, en *El porvenir de una ilusión*, me parece: “Cuando miro a las gentes que creen en la religión y que sienten profundamente la religión, me dan una pena considerable: no hay forma de sacarles de ese error que va a destrozarse sus vidas”. No lo digo yo, lo dice Freud. Freud es un personaje trascendental en esta cuestión de la memoria. A principios de siglo, Freud nos dice que la memoria no es lo que creíamos hasta ese momento, sino algo lleno de escondrijos, de ocultaciones. Es un *subconsciente* (está por debajo, porque no queremos que salga) o es un *inconsciente* (no percibimos que está ahí). Se tira de la memoria, se encuentran unos recuerdos y esos recuerdos –decía Freud- curan. Eso no es verdad: los recuerdos no curan; pueden hacer ganar dinero, si uno escribe un libro que se venda, pero curar, no curan. Pero el hecho es que en ese momento, con Freud, sabemos que la memoria ya no es la que solía, sino algo que se diluye, que se pierde, algo que nosotros mismos no queremos que se nos meta dentro, unas veces porque nos hace daño, otras veces porque nos duele que ciertas cosas ya no estén, o porque algo nos ha dolido y queremos taparlo, apartarlo. Es terrible arrancar trozos de recuerdos, porque nunca se arranca un recuerdo solo: no es una operación de bisturí, sino de manotazo; arrancas el nombre de una persona, la circunstancia en que la viste o dejaste de verla, y causas a su alrededor un desgarrar, te llevas un montón de cosas inocentes. Eso te duele y empiezas a disfrazarlo. Freud tiraba de esos recuerdos sentado en su famoso diván (que todavía está en la casa donde vivió; es muy bonito, dan ganas de tumbarse y dormirse una siesta), y cometía –creo yo- un error fundamental: él creía que estaba analizando al paciente a partir de esos recuerdos que tenía, o de unos sueños que le contaba. Pero no. Estaba trabajando sobre otra cosa; estaba trabajando sobre el relato de esos sueños y recuerdos. El recuerdo nunca es puro, siempre es inventado, amanerado, disfrazado; viene como quiere, se va cuando quiere.

A Freud no le cuentan recuerdos, sino otra cosa, y sobre esa cosa trabaja Freud. ¿Es posible sacar de un sueño una serie de reflexiones sobre un individuo? No; sólo puedes sacar reflexiones de lo que ese individuo está contando. El recuerdo está allí.

Esta charla se llama según el programa “En un país extraño”. Es un título novelesco, robado a medias de un escritor inglés de segunda o tercera fila que se llamaba Hartley, que escribió una novela titulada *The go-between*, o sea, “el que va en medio”, “el que va de un lado a otro”, “el que transmite de uno a otro”. De esa novela hizo Losey una película, *El mensajero* (ése era su título en España; en inglés se siguió llamando como la novela). El novelista utilizaba una frase muy adecuada: “El pasado es un país extranjero”. Es verdad; ciertos caballeros, ciertas damas, ciertos recuerdos, ciertas historias del pasado son el extranjero. Pero el pasado vivido para mí no es el extranjero. El país extranjero, para mí, es éste. O sea, que el país vivido, intuido por mí, enseñado y transmitido a mí por otros, es el real; y este en el que me encuentro ahora, con sus torres gemelas y demás, es el extranjero, un país raro. Vosotros podéis estar muy a gusto, pero para mí es rarísimo.

Se ha citado aquí un libro mío, *El niño republicano*. Yo recuerdo en mi infancia que mi madre cosía a escondidas una bandera republicana, como Mariana Pineda en otro siglo (todas estas cosas se repiten siempre). Se escondía porque estaba entonces la dictadura de Primo de Rivera. La llamaban *dictablanda*; no es verdad: era muy mala y muy dura, como todas. Pero dejémosla, nadie se acuerda de ella. Mi madre cosía aquella bandera, las tres franjas de color rojo, amarillo y morado; la clavaba con unas tachuelas y la metía debajo de la cama, esperando que la dictadura se fuera. Y se fue; no sola, claro, pero se fue. Vino un episodio posterior, el general Berenguer no sé qué; vino el rey al que llamábamos “el rey felón”, nuestro abuelo Alfonso XIII; se fue luego camino del exilio, y la bandera salió al balcón.

A partir de que la bandera sale (y también antes), yo empiezo a recibir una noción de lo que era este país. La bandera ha cambiado, el himno ha cambiado, las monedas han perdido la efigie que tenían, aparece aquélla que llamábamos “la perra gorda” (que no tenía una perra, sino el león del escudo, el león de Castilla, pero su aspecto era de perro, de ahí el nombre de la moneda), y cambia la Historia.

En estos días andamos diciendo, desde lo sucedido el 11 de septiembre, que ha cambiado la Historia. No lo creo. Ha cambiado el milenio, han cambiado las guerras, el sentido de la guerra. Pero lo que cambiaba en aquel momento al que antes me refería era el pasado. Por ejemplo, yo iba a mi colegio de párvulos y no había ya crucifijos.

Comenzaron a decir que Carlos V había sido uno de los grandes desastres de la Historia de España, aunque no tanto como Felipe II. Mala gente, decían. Se había dicho que aquello era *la leyenda negra*, pero de leyenda, nada: era lo que pasaba en un país donde dominaba la peste, donde el dinero estaba en las grandes arcas, donde los obispos *vivían como obispos* (siempre se ha usado esa expresión, por algo será). Yo me lo empecé a creer, y durante años seguí estudiándolo y creyéndolo.

Aprendí qué era la literatura. En el instituto de segunda enseñanza tenía profesores como Antonio Machado (que fue profesor mío, catedrático de francés), o los Gómez Moreno, que eran historiadores. Me enseñaron estas tres etapas de la literatura: la literatura del 98, la generación del 27 y la intermedia. Los del 50 sois posteriores, no contabais en mi instituto (ahora ya sí). Así que yo entendí *mi Historia de España*, y durante ocho años, del 31 al 39, me formé en esa Historia de la Literatura donde Lorca era Lorca y Valle-Inclán era Valle-Inclán. Yo me formé en eso, y ése es mi país.

Pienso que la burguesía en España llegó tarde –como todo–; la primera revolución burguesa aparece a raíz del desastre de Cuba. Yo he vivido el desastre de Cuba; no había nacido, pero –éste es uno de los misterios del recuerdo– me acuerdo perfectamente porque me lo contaba mi madre, que venía con sus hermanas de la Cuba perdida (afortunadamente perdida, no ya por Cuba, sino por España, que se liberó de esas últimas cargas). A partir del desastre, pasando por la dictadura de Primo de Rivera, la guerra de África, los militares africanistas, se produce una revolución burguesa que va a desembocar luego en la República. Yo no creo que la República produzca una serie de libertades y calidades literarias, una serie de emergencias pictóricas, musicales, etc., sino que, al revés, todo eso produce la República; la producen ese movimiento que viene desde 1889, esa decadencia de la aristocracia que se cuenta en un libro de Agustín de Foxá, *Madrid, de Corte a Checa*. Es un libro admirable en su primera mitad, donde cuenta la monarquía; pero la segunda mitad es deplorable y vituperable. Si leéis la primera mitad (después lo tiráis), encontraréis esa monarquía caduca de reyes que ni siquiera tienen ya lo que ellos creen esencial, la sangre borbónica –dejó de existir muchos años atrás–, encontraréis todo ese mundo. Y la revolución consiguiente, que es una revolución burguesa, trae la República.

Yo viví en esa burguesía. La mía era una casa burguesa, socialista, izquierdista desde luego; mi abuelo era capitán de la guardia civil y era librepensador (fue una de las grandes desgracias de su vida, porque no podía cohonestar ser guardia civil y ser librepensador; pero era más librepensador que guardia civil). Quiero decir, que a mí ya

me acunaban con canciones a Garibaldi (“Que viva Garibaldi y la santa libertad...”), con canciones de clandestinidad (“Chita callando, que viene la ronda...”, aunque en aquel momento todavía no había que callarse), con las ideas del librepensamiento y la libertad. Y ese país que termina en 1939 es el que no es el extranjero para mí.

En el 39 pasa lo mismo que en la República; por eso comprendo que para otros el desastre de encontrarse con la Historia cambiada fue el mismo que sufrí yo, sólo que al revés. En ese momento, por mi edad, tengo ya que incorporarme a la vida, y resulta que la bandera vuelve a ser la anterior, que Carlos V era una persona maravillosa, que los Reyes Católicos habían sido geniales y habían creado la unidad de España (que no sé dónde está), que la Iglesia Católica era buenísima... Entonces, ¿qué queréis?, yo me encuentro en el extranjero.

Se ha producido la segunda revolución burguesa, es decir, una revolución de rectificación. Apenas había aparecido la segunda República cuando ya esa burguesía que había ayudado a establecerla empezó a darse cuenta de que no era lo que quería. Me refiero, por ejemplo, a un filósofo burgués como Ortega y Gasset, que después de haber ayudado a traer la República empezó a decir: “No es esto, no es esto”, en un artículo famoso. Él, Marañón y la intelectualidad, aunque no toda; hay otra intelectualidad muy diferente, mucho más hecha. Y es que la burguesía se empieza a ver desbordada; empieza a ver que se queman las iglesias, y le parece mal. No sé por qué. No sé por qué a Ortega y Gasset, que había hecho un trabajo laico toda su vida, le parece mal que un pueblo que ha sido sometido a un clericalismo duro quemase las iglesias. ¿Qué iba a hacer más que quemarlas? Y espero que no vuelva a repetirse, a mí no me gusta que se quemaran iglesias: con que se saque a los habitantes, me parece suficiente; quemar el templo es una actitud iconoclasta que no tiene sentido. Bien, pues la burguesía comienza a ver también que se crean los sindicatos, que hay unas manifestaciones, unos sucesos en Casas Viejas, los famosos familio-anarquistas, los Seisdedos (que, desde luego, la República aplasta, con la guardia civil, la guardia de asalto). Y estos intelectuales áticos, estos intelectuales de la pequeña idea ateniense de la democracia de clases, se empiezan a asustar. Y de ahí a la segunda revolución burguesa, que es la de Franco, no hay más que un paso.

La burguesía crea ese otro régimen, en el cual se deben suprimir el obrerismo, el sindicalismo, el divorcio, el aborto (aunque el aborto nunca llegó a realizarse; los anarquistas de la zona de Cataluña creían en la legitimidad del aborto, pero no se llegó a producir). Aunque era un orden -porque el orden es aquello en lo que uno cree-, a los

burgueses les parecía un desorden. Y se produce la segunda revolución burguesa. Yo pensaba que lo anterior se había acabado, pero que iba a volver. Porque cuando llegó Franco, nadie creyó que iban a ser cuarenta años, nadie creyó que eso iba a durar. Y duró. Duró hasta que se murió el hombre. Duró de una manera violenta, como sabéis, de una manera áspera, cruda. Él era un burgués, *el comandantín*, como decían en Oviedo, porque era un comandante de ir al café, de tener a su noviecita, doña Carmen, cuya familia no quería que se casara con él porque era un comandante de nada. Pues ese *comandantín* vuelve a ser el rey, el hombre bajo palio, el hombre a cuya mujer hay que llamarla *la señora*, como se llama a la reina...

Las dos burguesías, la republicana y la del general Franco, me seguían haciendo pensar en el extranjero; pero creía que un día saldría y volvería a mi país. Una entelequia. Porque un día se produce la tercera revolución burguesa, que es la que llamáis de la transición, y sigo en el extranjero. Hasta hoy. Veo esto que llaman *democracia* y que no lo es; veo que la transición tampoco lo fue (la transición se hace normalmente mediante unas cortes constituyentes, y las que hubo no lo fueron, porque no fueron elegidas); veo que la izquierda empieza a perder en ese momento; y veo que es una verdadera revolución burguesa. ¿Qué hay más burgués que Aznar? ¿No lo veis con sus bermudas, en Castellón o en Mallorca, con sus niñitos de la mano...? Es un burgués de domingo, un burgués de vacaciones.

Y me digo: ¿qué hago yo en esta nueva burguesía? Pues vivir, como José Luis Sampedro, vivir. No esperar, no creer. Ya no creo en absoluto. Me hace gracia cuando leo en estos días: “Empieza la Historia”. El mismo Fukuyama, que predicó en 1996 ó 1997 el fin de la Historia, en *El último hombre*, es quien dice ahora: “Tened cuidado, a ver qué hacemos, que no se ha acabado la Historia”. Después de escuchar pacientemente el pensamiento único, veo (¡con qué extrañeza!) cómo las personas que al principio decían que era intolerable van haciéndose cada vez más a ese pensamiento único, cómo los periódicos que gritaban contra él han caído en lo mismo, y los filósofos... Me acuerdo entonces de una comedia de Ionesco, *El rinoceronte*. Él se refería a otra cosa con *El rinoceronte*, porque era un hombre de derechas, de la guardia negra, un fascista rumano como Cioran y todos aquellos. Ionesco temía el régimen comunista, que él imaginaba de cierta manera (era peor de cómo lo imaginaba), y en aquella comedia veía cómo la gente se iba convirtiendo a la izquierda comunista tomando forma de rinoceronte. Es decir, él veía que a un amigo de pronto le empezaba a salir una protuberancia rara, que empezaba a engordar, y decía: “Ya se me ha vuelto

rinoceronte”. Pues esta sensación la tengo yo en este país extraño; es decir, que veo amigos, compañeros, escritores, pensadores, que se van haciendo rinocerontes. Se me volvieron rinocerontes ya muchos en la guerra del Golfo, que decían: “Qué barbaridad, ¿cómo lo vamos a tolerar? ¡Es nuestro petróleo!”. Y yo veía cómo les salía el cuerno de rinoceronte. Luego, en la guerra de Serbia: “Pero, hombre, hay que bombardear...”. ¿Cómo vas a bombardear a seres inocentes? Será muy bestia lo que se está haciendo allí, pero ¿cómo vamos a bombardear a unos civiles que viven en una ciudad? Y decían: “Sí, sí, hay que hacerlo”. ¡Otro rinoceronte! Y empezaba a haber manadas que corrían por los sitios más insólitos, y yo me iba escondiendo como podía. Los veo ahora. Cuando veo la exigencia de venganza, ese pensamiento único, la idea de que hay que destrozarse Afganistán... ¡Si Afganistán está ya destrozada! ¿Qué más quieren destruir? Yo me alegraría muchísimo de que quitaran de en medio a los *talibán*, porque son una especie de monstruos religiosos, como lo eran nuestros curas de la guerra civil o los curas trabucaires de las guerras carlista. Unos monstruos. Pero de eso a destrozarse un país destrozado y a decir que un solo señor ha armado este tinglado inmenso, con todo ese poderío...

Si ustedes ven que me sale una protuberancia en las narices y empiezo a engordar, piensen: “¡Rinoceronte! Ya se nos ha vuelto rinoceronte este señor”

En este sentido, difiero mucho de Caballero Bonald, que tiene *la costumbre de vivir*. Yo no he conseguido tenerla. Es decir, he perdido la costumbre de vivir, y no me hago a la vida en este país extranjero.

Esto explica mi situación y por qué escribo sobre mi pasado de la manera que lo hago. Los que me conocen y los que trabajan conmigo saben que jamás he querido hacer unas memorias. El libro de *El niño republicano* se llama *relato*; el otro se llama *crónica*. No se titulan de ninguna manera *memorias*, porque soy consciente de que no me acuerdo. El no acordarse es lo que fabrica la literatura, buena o mala; de esa manera vas rellenando tu vacío. Al escribir, las palabras van sacando otras palabras que tú no pensabas. Es como hablar en un idioma extranjero: no dices nunca exactamente lo que quieres, sino lo que las palabras que sabes de ese idioma te hacen decir, lo cual puede ser gravísimo porque dices barbaridades. Al escribir en tu propio idioma, el acto reflejo de pasar del cerebro a la mano, a la pluma o al teclado, es un hecho que requiere un tiempo, un espacio para desarrollarse. Es lo que cubre el olvido de la memoria y lo que crea la literatura, mejor o peor hecha, con calidad o sin ella, que eso es un problema de los críticos. Toda literatura es memoria que se intenta recobrar y que se intenta



disfrazar. Se trata de darle la vuelta, de encubrir lo que quieres encubrir (incluso inconscientemente, si volvemos a principios del siglo pasado), de destacar lo que quieres destacar, casi sin darte cuenta, porque las palabras te llevan una detrás de otra. Yo no creo que haya nada en la literatura que no sea exactamente olvido; olvido y relleno de ese olvido.

**José Luis Sampedro (entre el público):** Como soy paisano del señor Haro (vivo también en el extranjero), me gustaría saber: ¿dónde viven los que creen que viven en su país en este momento? A mí me asombra que no se den cuenta de que no están viviendo en su país. Cuando se aceptan con toda tranquilidad las cosas que se aceptan, y llegan unas elecciones y se vuelven a aceptar, uno se pregunta que dónde viven. Yo vivo en el extranjero pero, ¿y ellos? ¿dónde viven?

**Eduardo Haro Tecglen:** Bueno, unos viven en el Palacio de la Moncloa, otros en el Palacio de la Zarzuela... Hay otros que viven en la Generalitat de Cataluña, creyendo que viven en su país, y tampoco es verdad: el nacionalismo tampoco es verdad, si me permitís decirlo en una autonomía que también tiene el suyo. En cuanto a los demás, no viven: ganan dinero o lo pierden, especulan o no, leen (poco), van al cine (a las películas malas; las hay muy buenas, pero las que se llenan son las malas, las que se anuncian en televisión)... No estoy hablando de los presentes, sino de los que no acuden a sitios como éste. A algunos los veo paseando, les veo el grosor, la piel espesa del rinoceronte, la naricita, el cuernecito... Pero están a gusto. Tú y yo, no.

**José Luis Sampedro:** Yo sí estoy a gusto, porque (como expliqué esta mañana) me he hecho mi nidito. A los 84 años, eso se resiste. Si no, no habría manera. Me habría marchado, no sé adónde.

**Eduardo Haro Tecglen:** ¿Adónde? Si ya has estado fuera y has vuelto. Igual que yo. No hay tampoco *fuera*.

**José Luis Sampedro:** Pues en mi nido, ya está.

**Eduardo Haro Tecglen:** El otro día en El Escorial, en una conferencia que se llamaba “El arca vacía”, contaba una historia de mi abuela, que era de aquí, de Jerez: mi abuela

Elena Delage. Elena Delage se casó con un madrileño y se fue a vivir a Madrid. Su marido, mi abuelo, le preguntó al llegar: “¿Te gusta el piso?” Porque entonces (estamos hablando del siglo pasado) las señoritas no viajaban a ver el piso. Lo había puesto él a su gusto. Tanto le gustó que nunca más salió de allí, porque se murió. Su marido, no ella. Ella sí tuvo que salir de la casa, al enviudar, y se vino a la mía, a vivir con su hija. Como se deshacen las casas, todo se había repartido. Ella no había conservado más que una mesilla de noche. Una mesilla de noche era entonces una cosa inmensa, porque como las camas tenían varios colchones (estaba ese cuento de la señorita tan fina que notaba si había un guisante debajo del séptimo colchón), las mesillas eran muy grandes. Elena Delage iba trasladando aquella mesilla que ya le quedaba alta, junto con el manojito de llaves que llevaba colgado entre un montón de faldas y enaguas.

Vino a casa de mis padres y allí pasó la guerra; siempre decía: “¿Por qué no nos vamos a Sevilla, que allí nunca pasa nada?” (En Sevilla estaba Queipo del Llano en aquel momento) O decía: “Vámonos a Jerez”. “No, no –contestábamos-; aquí nos vamos arreglando”. Ella me enseñó las palabras andaluzas, me enseñó que los *damascos* eran los melocotones y que los *alcauciles* eran las alcachofas; me enseñó a hablar en sevillano. No he seguido, no he profundizado, pero tengo memoria de aquello.

Por la noche, oíamos a la abuela abrir y cerrar cajones con su manojito de llaves. Nunca le preguntamos nada. Un día mi abuela murió. La enterramos. Y allí estaba la mesilla. Toda la familia se reunió para abrirla. Y dentro no había nada; estaba totalmente vacía, los cajones, todo. ¿Por qué mi abuela había arrastrado durante veinte años una mesilla vacía? Pues no lo sé. Pero saqué de ahí mi idea de que yo voy paseando durante 77 años un arca que ahora está vacía. La he ido vaciando poco a poco. Y qué trabajo cuesta vaciar esa arca que tienes cuando naces: empiezas a quitarle todo lo que te han metido dentro, lo que te han inculcado, lo que te están induciendo (podríamos hablar de la *memoria inducida*) en las televisiones, las informaciones, ahora mismo, y mañana, y pasado, y desde hace tiempo. Están metiendo datos en tu memoria para que recuerdes, para que te hagas el día de mañana tus memorias de hoy. Hay que sacarlo todo, hay que arrancarlo aunque sea a desgarrones, aunque sea metiendo la mano en el recuerdo y tirando de él. Vas vaciando, vaciando: “No quiero acordarme de esta persona porque me duele, y tiro y me llevo lo que sea”. Y cuando el arca llega a estar vacía, es cuando realmente estás bien. Yo ahora lo estoy, porque tengo mi arca limpia, vacía, como mi abuela de Jerez, Elena Delage. Aprendí de ella algo más que

*alcauciles y damascos*; aprendí que hay que pasar por la vida con el arca vacía, y no dejar ni arrastrar nada. Entonces se empieza a estar un poquito bien.

No me hagáis caso, esto para los jóvenes no vale. Esto es solamente para Sampedro y para mí.

**Público:** Cuando el señor Haro se dirige a los demás como *los otros*, entiendo que se dirige a una sociedad en la que es necesario que existan no guías ni caudillos ni nada de eso (términos que nos espantan), pero sí unos inductores. Y el hecho de que uno de los convocantes de estas jornadas sea el Centro de Profesorado me ilusiona especialmente, porque pienso que los profesores pueden ser caja de resonancia para recuperar algo que necesitamos. Y es que *este país extraño* es el que se abortó con la caída de la República, y aquél -y no voy a hacer un panegírico de uno u otro régimen político- era el que la sociedad española se dio a sí misma. Coincidimos muchos en que la llamada *transición* y las grandes figuras que se han puesto (el Rey, Suárez, etc.) no son tales. El actor, aunque incompleto y defectuoso, fue el pueblo. Y ese pueblo no ha podido culminar el cambio de la sociedad que estamos necesitando.

Para resumir, yo me dirijo a Eduardo Haro, que –con título o sin él- es un gran historiador, un gran cronista, además de un muy ameno literato, y le pido que traduzca esa ironía con la que sabe transmitirnos diariamente sus expresiones en una llamada a los intelectuales, para que se indague cuál es la sociedad en la que se originó la República en 1931, ese país en el que no nos han dejado vivir.

**Eduardo Haro Tecglen:** Lo que llamamos ironía, o el humor, es una defensa. Si lo que yo he hablado esta tarde sobre religión, monarquía y temas así, lo digo en serio, no se me toleraría. Tengo que decirlo como los payasos del circo, con cierta broma, porque, si no, no me permitirían hacerlo. No es tan fácil. No se dicen las cosas que se quieren. La gente me dice: “Tú escribes lo que quieres escribir”. Pues no es verdad; escribo lo que puedo escribir, y estoy agradecido además, porque tengo un nivel muy alto de libertad, pero tendré que emplear ciertos subterfugios, ciertas maneras.

En cuanto a volver a lo que se quería en el año 31, me parece que eso se nos ha ido de las manos. Y se nos ha ido en la muerte de Franco, es decir, en esa tercera burguesía que digo yo, en el momento de la transición, cuando la izquierda no hizo valer su fuerza, si es que la tenía. La transición no la hicieron la Junta, ni la Plataforma, ni los partidos clandestinos; la hizo el miedo. El miedo colectivo que teníamos unos de

otros nos hizo caer en esa transición y en una Constitución muy defectuosa, inadecuada y, sobre todo, antigua. Pero en el momento en que el gran partido del poder y el gran partido de la oposición firman un pacto para que la Constitución no se mueva y para que nada cambie, ¿qué podemos hacer? ¿Salirnos de los partidos? ¿Y qué? Yo no sé contestar a eso; querría que me contestasen a mí. Es cierto que se han alcanzado esas utopías a las que aludía antes: supresión del servicio militar, amor libre y preservativos en las farmacias. Qué estupendo. Pero, ¿y la idea de pensar? ¿Y los colegios? ¿Y la enseñanza? ¡Si se está enseñando el *rinocerontismo*, es decir, la piel dura, el no ser sensible al pequeño alfilerazo que da la vida! Hoy mismo hemos leído el dinero que da al Estado a la Iglesia, y a los profesores de religión, que son profesores de catequesis. El Estado da ese dinero porque el pensamiento de la Iglesia es el suyo y quiere sostenerlo. ¿Cuándo podrán empezar estos niños de hoy a tirar de los *pólipos* que les han metido dentro? ¿Cuándo van a empezar a vaciar su arca? No lo sé, es cuestión de los que vienen detrás de mí.

**Público:** Quiero hacerle una pregunta porque me interesa su opinión. Le sigo a usted hace muchísimos años; no siempre estoy de acuerdo con su opinión, pero creo que aporta algo, que es original. Usted que es un intelectual (yo así lo considero), ¿qué piensa del papel de los intelectuales ahora mismo y en relación a esa pérdida del futuro de la que ha hablado?

**Eduardo Haro Tecglen:** ¿Qué le voy a contestar? Los intelectuales se han enriquecido, y un intelectual rico es otra cosa. ¿Por qué, hablando del teatro, en Madrid no se representan más que obras de los años 50 ó 60, musicales americanos o españoles? Porque nadie puede escribir una obra actual: si no hay subvención, no se estrena. Y la subvención la da el gobierno (el gobierno y el Estado son lo mismo, no entremos en academias). ¿Quién edita un libro que no esté sostenido y propagado por el Estado? ¿Quién no aspira a unos premios? Si dices una palabra de menos, a lo mejor obtienes el premio; si dices una palabra de más, a lo mejor no lo obtienes... Es un tema muy desagradable: son muchos los compañeros a los que les he visto salir el cuerno de rinoceronte, y pasear luego tranquilamente por la Castellana. No lo explico mejor.

**Público:** Perdón en primer lugar por atreverme a responder a una pregunta en lugar de formularla. A la pregunta de dónde viven aquellos que creen vivir en su país, yo

contestaría que vivimos instaurados en el país del conformismo, de la comodidad. Y todos tenemos un poquito la nariz del rinoceronte. Nos fuimos cambiando de lugar, fuimos recorriendo diferentes partidos políticos y algunos, al final, nos quedamos sin ninguno. Nos hemos quedado sólo en hombres y mujeres, pero llenos de miedo. A mí también me ha salido la nariz de rinoceronte, porque estoy aquí, tremendamente acomodada, y tengo el privilegio de asistir a esto; pero asisto asustada, porque 5.000 muertos son más muertos que los 200.000 niños de los Grandes Lagos que bebían agua contaminada. Y cuando murieron un millón de *hutus* y de *tutsis*, todos estábamos aquí y no levantamos la voz. Así que confieso vivir como un rinoceronte.

**Eduardo Haro Tecglen:** Ha dicho una palabra excelente: “asustada”. Eso ya es tener una sensibilidad, vivir con susto cuando no hace falta. Porque usted podría vivir muy bien sin susto, comer, ir al cine... Si se asusta es porque tiene una sensibilidad determinada. Y lo que se está viendo produce naturalmente susto; da pavor. A mí me parece que lo esencial de su posición es que tiene usted miedo; eso me parece sanísimo. Es valioso.